



DIABLO

Los colmillos
de la plaga

UN RELATO CORTO DE
Z BREWER

Historia
Z BREWER

Edición
ERIC GERØN

Asesoría de universo
IAN LANDA-BEAVERS

Asesoría creativa
LEWIS HARRIS, VIVIANE
KØSTY, JØE SHELÝ, DANIEL
TANGUAY

Producción
BRIANNE MESSINA

Diseño
CØREY PETERSCHMIDT

Ilustraciones
MACIEJ JANASZEK



©2023 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc., en EE. UU. y en otros países.

Los colmillos de la plaga



Este es un relato sobre dos leyendas: una nacida en las tierras vírgenes... y otra, en el interior de una ciudad.

Yo, Tejal, he sido testigo de ambas en visiones que, aún hoy, me atormentan. Prepárate, pues, y escucha mientras te regalo una historia sobre un joven druida... y la criatura en la que se convertiría.

Una plaga ha extendido su mano sombría sobre el mapa hasta llegar a una pequeña ciudad cercana a Westmarch. El pueblo se vuelve hacia su señor para que alivie su sufrimiento, pero sus lamentos caen en oídos sordos a conciencia. Todavía me parece oír los rumores susurrados sobre el origen de la plaga; rumores que alimentarán las llamas y abrasarán para siempre la ciudad.

Empezaremos con una conversación... y terminaremos con sangre...



—Mi señor —dijo Holps retorciéndose las manos—. Ya escasea la comida. Los campesinos podrían rebelarse ante una orden como esa. Si los condenas, las cosechas se quedarán en los campos, abandonadas...

El señor resopló con desdén.

—¿Ahora tengo que preocuparme por lo que diga el vil populacho? Soy su señor. Y *el tuyo*. Cumple mis órdenes.

Otro hombre, Ardan, se aclaró la garganta con un carraspeo que resonó en las paredes de la estancia.

—Perdóname, señor, p-pero el pueblo se muere de hambre. Te ruego que reconsideres...

Kirek sabía que sus súplicas caerían en saco roto. Tenían cosas más urgentes que atender y poco tiempo que perder.

—Sire, noticias apremiantes de Westmarch.

Mientras se dirigía a su señor, se percató de que algo se movía a su derecha. Al otro lado del muro, a través de un agujero en la mampostería, vio al joven druida, Vylum, al que su señor había acogido cuando era un bebé. Siempre le ponía nervioso. Veía demasiado, hablaba demasiado poco y andaba constantemente merodeando por el castillo como un visitante no deseado. Además, prefería la compañía de las ratas de la fortaleza antes que la de los demás niños. En aquel momento, el muchacho le clavó una mirada en la que no parecía haber un solo atisbo de alma mientras acariciaba a la rata que mordisqueaba el fino paño de su túnica.

—¿Qué pasa ahora? —rezongó el señor con tono despectivo—. ¿Más noticias sobre esa revuelta campesina?

—Es un problema bastante más grave, sire. Una epidemia que se propaga a toda prisa. Dicen que la gente muere por millares en las calles, con bubones en la piel que estallan cargados de pus. Y parece ser que ha llegado a la fortaleza.

Kirek tragó saliva con fuerza, volvió la vista sobre su hombro hacia el centinela que montaba guardia en el pasillo y le hizo un gesto.

—La plaga se ha abatido sobre nuestras tierras, mi señor.

El guardia, enguantado y con una tela sobre la boca, arrastró a alguien al interior

SI LES NEGÁIS LAS MIGAJAS DE VUESTRO PLATO, PUEDE QUE DECIDAN ALIMENTARSE DE VOSOTROS EN SU LUGAR.

de la sala y lo arrojó al suelo frente a los hombres. Kirek sintió que se le aceleraba el corazón por el miedo. Ignoraba cómo iba a reaccionar su señor. Solo sabía que no haría nada si no veía una prueba con sus propios ojos, y ahora esa prueba estaba de rodillas frente a él, tosiendo y temblando.

El señor se recostó en el trono con el ceño fruncido. El campesino tosió y gimió de dolor con un hilillo de saliva colgado de los labios. Tenía el rostro y los brazos cubiertos de bubones, varios de los cuales habían estallado y le habían dejado la piel, ya de por sí mugrienta, cubierta por una pátina grasienta.

Kirek siguió hablando, esta vez en voz más baja.

—Dicen los boticarios que hay hordas de ratas propagando la enfermedad como un incendio. Pero los plebeyos creen que podría ser obra de... un druida.

El señor sacudió la cabeza.

—Es una maldición, no cabe duda, pero no es obra de un druida. Los druidas son amigos de este señorío y, más en concreto, míos. Ten cuidado a la hora de señalar con el dedo, Kirek. ¿O es que has olvidado que mi hijo fue uno de ellos en su día? De no ser por los druidas, ni siquiera tendría heredero.

Kirek volvió a acordarse del muchacho que lo observaba desde el otro lado del muro. Se preguntó si Vylum sospecharía de quién descendía realmente. Si no lo había sabido hasta entonces, ahora lo sabía, sin duda. Una recompensa apropiada para su diligencia como espía.

Kirek volvió a dirigirse a su señor:

—El niño atrae a las ratas al interior del castillo, sire, y las engorda con una comida que nos haría mejor servicio en las barrigas famélicas de tus súbditos.

—Las ratas no suelen pasar hambre —dijo entonces Vylum en una voz lo bastante alta para hacerse oír—. Si les negáis las migajas de vuestro plato, puede que decidan alimentarse de vosotros en su lugar.

Lanzó a Kirek una mirada siniestra con una sonrisa que dejaba a la vista una

dentadura torcida.

Kirek ignoró el arrebato.

—Sea una maldición druidica o no, lo cierto es que tu hijo está contribuyendo a que se propague la plaga. Los boticarios dicen que debemos sacar a esas alimañas de sus escondrijos usando humo y quemarlas...

—Vigila esa lengua, Kirek. No quisiera ordenar que te la corten.

Tras un brevísimo instante de pausa, la mirada del señor pasó de Kirek a los mensajes que aguardaban en la mesa ante él.

—Tal vez podamos resolver dos problemas con la misma solución: no hacer nada. Que la chusma se pudra y pase hambre creyéndose maldita. Sus muertes nos ahorrarán comida y frenarán la propagación de la plaga. Ya tienes tus órdenes.

Kirek se volvió hacia sus compañeros, Holps y Ardan, en busca de ayuda, pero descubrió que las expresiones de ambos se habían endurecido. Toda esperanza de salvar a su pueblo se había desvanecido ante las palabras de su señor. Los únicos que parecían complacidos eran este y su hijo, aparentemente satisfecho porque ningún peligro acecharía a sus amigas las ratas en los días venideros.



Pasaron los meses.

La oleada de muerte y desdicha se conocía ahora como la Gran Pestilencia. A su paso por Westmarch, se había cobrado la vida incluso del señor de la ciudad. Al poco tiempo, apenas quedaba con vida la mitad de sus habitantes. A petición de los supervivientes, Kirek, Holps y Ardan cargaron sobre sus hombros todo el peso del liderazgo. Siguiendo los consejos de los boticarios, se ocuparon de cuidar de los más humildes e incluso de sacar los cadáveres infectados de la plaza.

Mientras se cargaba otro cadáver sobre los hombros como un saco de patatas, Kirek hizo un gran esfuerzo por no inhalar. El hedor de la carne descompuesta y los bubones reventados ya le había revuelto las tripas en los últimos días y, aunque estaba decidido a ayudar a la ciudad, el olor de la muerte y la putrefacción era casi insoportable. Ya no había funerales; solo piras funerarias. Salvo para su señoría, claro está. Al final, el señor había muerto tosiendo y gimoteando, y fue Kirek quien

dejó su cuerpo exánime en la fosa que habían cavado Holps y Ardan. Habrían enterrado también a su hijo el druida, pero el muchacho debía de haber huido de la fortaleza en busca de tierras más seguras o de haber muerto en algún rincón del castillo sin que ellos lo supieran. «*Hasta nunca*», pensó mientras dejaba sobre la pira el cadáver que acarrea y recogía otro.

Holps observó con la cabeza ladeada el cuerpo flácido que colgaba del hombro de Kirek.

—¿Seguro que está muerto?

Kirek inclinó el cuerpo hacia delante para examinar el rostro: una máscara picada por la viruela y cubierta por una costra de infección y pus verdoso.

En cuanto posó los ojos sobre el rostro del cadáver, arrugó los labios en una mueca de aversión.

—Es *él*. El niño druida. De tal palo, tal astilla. Tan inútil tras la muerte como lo fue durante su vida, diría yo. Mejor lo quemamos.

Las comisuras de los labios de Vylum se estremecieron; sus afilados colmillos formaron una sonrisa, incluso al borde de la muerte.

Ardan dio un respingo.

—¡Está vivo!

Kirek no sintió el menor atisbo de misericordia.

—Las ratas que tanto le gustaban, culpa de la educación que le dieron los roñosos druidas, seguro, aceleraron la propagación de la plaga. Estoy seguro. Que se muera y que así ayude a detenerla.

Entonces se dirigió al propio Vylum, que parecía extrañamente cómodo en las garras de la plaga.

—¿Te has cansado ya de la miseria de tu existencia, muchacho? —le preguntó—. Porque los demás sí.

Y con eso, soltó el retorcido y flácido cuerpo de Vylum sobre la hoguera, que siseó mientras lo envolvía con una bocanada de humo y llamas renovadas.

Los tres hombres prorrumpieron en crueles carcajadas mientras se alejaban y el sonido se sumó al del chisporroteo del fuego. Kirek miró atrás una última vez y vio que una nueva pátina de sudor perlaba la frente de Vylum a medida que se le acercaban las llamas. Cada vez más.

No apartó los ojos hasta que el fuego acarició su piel y el sudor se evaporó con

un chisporroteo.



Pasaron los años.

La Gran Pestilencia duró todo ese tiempo. Cuando por fin remitió, Kirek, Ardan y Holps habían amasado una riqueza y un poder que hasta entonces solo habían podido imaginar. Sus enormes terrenos rurales eran idílicos y estaban bien administrados, los plebeyos estaban deseando trabajarlos como recompensa por los servicios prestados por los tres hombres durante la plaga, y ninguno de ellos conocía pesares ni penurias. Tras alabarlos como héroes, su nuevo señor les asignó una última tarea: supervisar la eliminación de todas las alimañas de la ciudad. Pues, a pesar de que la peste había terminado, las ratas seguían allí, vaciando los almacenes de grano y amenazando con propagar nuevas enfermedades. Y lo peor de todo era que habían empezado a comportarse de manera extraña, nerviosa, como si se avecinase algo que llevaban mucho tiempo esperando. Algunos campesinos incluso aseguraban haberlas visto moviéndose como una enorme masa por los callejones durante la noche.

—Pensé que ya habíamos invertido tiempo suficiente luchando contra esta maldita plaga, pero aquí estamos otra vez, recorriendo las alcantarillas como las mismas ratas a las que perseguimos.

Kirek iluminó el túnel en penumbra con la antorcha en busca de algún indicio de infestación. Con la otra mano sujetaba un saco lleno de ratas capturadas que flotaban en el agua, luchando contra sus intentos de ahogarlas. Ardan también llevaba un saco lleno de roedores que habían muerto tras ingerir un veneno preparado por los boticarios. Cuando volviesen a la entrada de las alcantarillas, tirarían los cuerpos de las alimañas en la pira.

—¿Y adónde demonios se ha ido Holps? No es propio de él desatender sus deberes.

—Estará en casa, vaciando la bodega. Me da envidia —dijo Ardan mientras recorría con la mirada las paredes de piedra cubiertas de porquería de las alcantarillas—. Este sitio me pone nervioso. Me siento como si nos estuvieran cazando a nosotros...

Kirek asintió. Se sentía inquieto desde que habían entrado. Notaba unos ojos que lo miraban; miles de ojos que él no alcanzaba a ver, pero cuyo peso percibía igualmente.

—Vamos a reunirnos con él. Cuanto antes nos alejemos de este hedor, mejor.

Pero, al llegar a la mansión de Holps, se encontraron entreabierta la puerta principal. Los muebles estaban tirados por todas partes, rotos e incluso se diría que mordisqueados. La chimenea estaba llena de tenues rescoldos medio apagados. Sobre las delicadas alfombras del salón se veía un reguero de alguna sustancia de color negro. Lo siguieron hasta sus aposentos y el lecho de plumas. En la cama no había otra cosa que el cráneo de una enorme rata cubierto de unas runas talladas que ni entendían ni reconocieron.

No les quedó ninguna duda: Holps había desaparecido.

Y se lo había llevado algo que venía de las alcantarillas.



Ardan levantó una jarra y brindó arrastrando las palabras:

—Por nuestro amigo ausente.

La taberna donde estaban sentados no tenía nombre, pero sí buena cerveza, comida decente y, lo que era más importante, un aire de anonimato. La camarera derramó un poco de cerveza de las nuevas jarras al dejarlas sobre la barra, pero ni Kirek ni Ardan se dieron cuenta. La verdad es que cada uno de ellos se había bebido otras seis mientras debatían lo que había sido de Holps, pero no había cerveza suficiente en el mundo para hacerles olvidar lo que habían visto. Kirek giró el cráneo de rata entre sus dedos mientras lo estudiaba a la luz del chisporroteante hogar.

Luego levantó su jarra y la hizo chocar con la de Ardan.

La camarera pasó un trapo sobre la barra.

—Bueno, ¿cómo ha muerto?

—Nadie dice que haya muerto. —Kirek echó la cabeza atrás y tomó varios tragos de cerveza antes de limpiarse la boca con el dorso de la mano—. Ha desaparecido.

La camarera chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Qué lástima. Pero tampoco es el primero que desaparece por aquí últimamente.

La voz de Ardan temblaba tanto como la jarra en su mano:

—Ese no es un cráneo de rata normal, Kirek. Mira el tamaño que tiene... Sería una alimaña plagada. Dicen que son grandes como gatos. Y esas runas... parecen druídicas. No creerás que...

—Cuidado, hombre —dijo Kirek mientras miraba con nerviosismo en derredor. La camarera se enderezó ligeramente.

—¿Runas druídicas, dices?

Kirek refunfunó, deseando que se metiera en sus propios asuntos.

—Sí, ¿y qué?

—Seguramente no sea nada, pero he oído historias sobre una criatura que, según dicen, tiene el alma de un millar de alimañas. —Se secó las manos en el delantal y se inclinó hacia delante, observada por los dos hombres mientras hablaba—. Lleva al cuello un disco desgastado, cubierto de runas y colgado de un cordel. Algunos dicen que es como una señal que lo ayuda en sus fechorías homicidas. Rapta gente y se la lleva a las alcantarillas, donde sus ratas y él se alimentan de sus sesos y de sus ojos.

Los dos hombres guardaron silencio durante un momento, hasta que Kirek resopló.

—Eso es absurdo. Lo más probable es que Holps le ganase a las cartas al hombre equivocado.

Ardan tragó saliva.

—¿Crees que hay algo... sobrenatural al acecho en las alcantarillas?

Los ojos de la camarera relampaguearon.

—Seguro que son solo rumores. Vuestro amigo aparecerá dentro de poco.



Pasaron las horas.

Una luna llena colgaba a baja altura en el cielo, tiñendo de azul los tejados de paja y las calles adoquinadas. Cualquiera otra noche, a Kirek le habría gustado la



imagen, pero aquella se le antojaba demasiado llena de sombras. Mientras volvía con paso tambaleante a su casa, no podía sacarse de la cabeza el tono con el que la camarera había hablado de la criatura que moraba en las alcantarillas. Le había provocado un extraño escalofrío por toda la espalda... y no había logrado sacudirselo.

Kirek paseó por calles y calles, y el recuerdo de su amigo desaparecido consumía todos sus pensamientos. Al salir de un callejón, se percató de que se habían congregado varias ratas en la calle, delante de él.

—Ah, conque estáis ahí.

De un puntapié, envió la primera de ellas contra un muro. Un satisfactorio golpe húmedo acompañó su postrero chillido. Atrapó de un pisotón a la siguiente y trituró su cráneo contra los adoquines. Cada muerte de una de aquellas criaturas diminutas le brindaba una punzada de retorcido placer.

Al otro lado de la calle, una sombría entrada a las alcantarillas le llamó la atención. No conseguía quitarse de encima la sensación de que alguien lo estaba observando desde aquellas fauces abiertas. Pero ¿quién? ¿Y estaba viendo cosas o había dos puntitos brillantes de color verde que parecían ojos en la oscuridad? Cuando parpadeó, desaparecieron.

—Hasta nunca, escoria —masculló.

Momentos después, estaba entrando en su casa, dispuesto a desmayarse en la cama junto a su esposa. Lo último en lo que pensó antes de que su cabeza tocara la almohada fue en Holps y el cráneo de rata.

Y en los puntitos brillantes de color verde que parecían ojos.

EN UN PRIMER MOMENTO, LE PARECIÓ ENCONTRARSE ANTE UNA AMALGAMA DE REDORES, MÁS QUE UN HOMBRE.

Pasó un día.

Cuando Kirek se acercó a la casa de Ardan, la puerta principal estaba abierta, más o menos como encontraron la casa de Holps el día antes. Sus botas hacían un ruido pegajoso al recorrer lentamente la vivienda a oscuras, e hizo una mueca porque no sabía qué era y le daba bastante miedo encender una vela y despejar sus dudas. Pero, al llegar a la parte trasera de la casa, reparó en que ahora sus botas chapoteaban sobre un lodo negro a cada paso.

Aun así, siguió adelante. ¿Dónde estaban Ardan y su esposa? A pesar del miedo, encontró un candelero en la oscuridad y lo encendió con el yesquero que llevaba en el bolsillo. Se volvió con lentitud y fue examinando la habitación hasta que se detuvo con un acceso de bilis en la garganta.

Había dos figuras atadas a la cama, y a las dos les habían arrancado hasta el último centímetro de piel, músculo y tejidos. Ardan. Cassandra. Las mantas estaban tan empapadas de sangre y fluidos corporales que la tela no podía absorberlo todo y había goteado sobre el suelo. En la cama, entre los dos cadáveres, había un cráneo de rata enorme con runas talladas. Idéntico al que habían encontrado en casa de Holps.

Kirek vomitó antes de salir huyendo de la casa mientras el corazón le martilleaba en el pecho. Tenía que correr. Tenía que moverse sin parar. Tenía que llegar a casa. Después de aquello y de la desaparición de Holps el día antes, sabía que su familia y él ya no estaban a salvo en la ciudad.

Huyó a toda prisa entre las sombras, pero lo distraía el sonido de un correteo a su espalda. No veía a nadie siguiéndolo al volver la vista sobre su hombro, pero la sensación de que unos ojos se le clavaban en la espalda se negaba a abandonarlo. El pánico le inundaba cada respiración. ¿Cómo iba a irse a casa? Si aquello lo seguía

—LAS RATAS ME MOSTRARON MÁS BONDAD QUE NINGÚN HOMBRE.

hasta allí...

Kirek se obligó a sacarse de la cabeza la truculenta imagen de Ardan y Cassandra, y apretó el paso en las calles. ¿Quién los habría matado, y de aquella manera tan espantosa? ¿La guardia de la ciudad, quizá, por orden de su nuevo señor? Puede que esta nueva figura de autoridad —un hombre sabio, pero de temperamento voluble— estuviera descontento con ellos por sus fallidos intentos de acabar con la plaga de ratas y se le hubiera agotado la paciencia. Pero... ¿recurrir a una ejecución? Y si no era él, ¿quién?

¿O qué?

«Una criatura que, según dicen, tiene el alma de un millar de alimañas...».

Tras refugiarse en una de las entradas a las alcantarillas, Kirek se preguntó si debía quedarse allí hasta asegurarse de que su perseguidor se había ido... Si es que, en efecto, existía tal perseguidor. Entonces se acordó de que había un camino de regreso a su casa por las alcantarillas. Sin pensarlo, se adentró en los oscuros canales guiándose por el tacto de las limosas paredes.

Después de un rato avanzando a tientas por los túneles, llegó a una cámara abierta. Las raíces se habían abierto paso a través de la piedra del techo formando unas grietas por las que se colaban algunos rayos de la pálida luz de la luna. Supuso que debía encontrarse bajo la plaza arbolada.

Se preguntó si lo oírían quienes estuvieran allí arriba si gritaba. Frente a él había varios pedazos de hueso que, colgados por cordeles del techo, tintineaban como macabras campanillas de viento. El lugar estaba lleno de recipientes de arcilla de diferentes tamaños, algunos de ellos con plantas y otros con diferentes variedades de hongos. Una rueda de carromato vieja, apoyada en una de las paredes, servía como guía para una enredadera. En una esquina había una cama cubierta de pellejos putrefactos de animal cuyo hedor impregnaba la totalidad de la cámara.

En el centro de la estancia se encontraba un caldero burbujeante en cuya

LA MUERTE ACUDIÓ A BUSCARLO CON UN MILLAR DE BOCAS HAMBRIENTAS Y UNA ORDEN SUSURRADA.

superficie flotaban minúsculos cráneos de animales.

Con el corazón desbocado, miró en derredor en busca de una salida hasta que sus ojos se posaron en una calavera humana que asomaba en un huerto y una floración de champiñones que ascendía serpenteante por la tosca pared. Una grave y tonante carcajada llamó su atención desde el otro extremo de la cámara.

En un primer momento, le pareció encontrarse ante una amalgama de roedores, más que un hombre. Pero, entonces, Kirek pudo ver que la figura embozada era, en efecto, humana, que portaba varias capas de pieles y que ocultaba el rostro debajo de una capucha y una máscara. Llevaba huesos —cráneos— atados con tiras de tela alrededor del cuello, la cintura y una de sus botas. ¿Y eran cadáveres de rata lo que colgaba de uno de sus anchos hombros?

—Por favor, no pretendía... Solo quiero marcharme —alcanzó a decir Kirek.

La figura soltó una nueva carcajada y, bajándose la capucha y la máscara, dejó a la vista una cabeza afeitada y cubierta de tatuajes. Pero había algo en él que le resultaba familiar: los afilados dientes que vio en su boca cuando esbozó una sonrisa.

Los recuerdos abrumaron a Kirek y reconoció al muchacho que aquel hombre había sido. Carraspeó.

—Eres... el protegido del antiguo señor. Estás... estás vivo. Eres V-Vylum, ¿no?

—Lo era.

Sus palabras dieron paso a una risilla peculiar mientras una rata negra de gran tamaño se aposentaba sobre su hombro. El roedor le olisqueó la boca en un gesto que casi parecía un beso.

—Pero ahora soy mucho más que eso.

Kirek sintió que se le hacía un nudo en el estómago. No podía asegurar que fuese Vylum quien lo había estado siguiendo. Solo sabía que hasta el último hueso de su cuerpo le gritaba que se fuera.

«Una criatura que, según dicen, tiene el alma de un millar de alimañas...».

Permaneció donde estaba, petrificado.

—¿Por qué vives aquí y no a la luz del día? La fortaleza...

—La *fortaleza* es una enfermedad de la tierra. —La voz Vylum parecía hielo—. Esta ciudad ha talado los bosques para levantar granjas y lo ha contaminado todo con sus desechos. Ha envenenado el aire con humo y ha obstruido los ríos con inmundicia. Pero, ahora, mis amigas van a recuperar la tierra que les ha robado la humanidad.

Kírek sacudió la cabeza. No lo entendía. Tenía que *pensar*, distraerlo. Hizo un ademán hacia los tatuajes difuminados que cubrían la piel de Vylum.

—Esas marcas. No las tenías cuando tu padre estaba vivo. ¿Q-qué son?

—Cuentan la historia de mi infancia en las alcantarillas. Me las hice yo mismo.

Sonrió. Deslizó la mano sobre una serie de alargadas colas de rata que colgaban de su hombro y tocó los cráneos y los cuerpos de los roedores que había encima.

—Son los miembros de mi familia, que encontré muertos y que ahora se han reunido con su gran protector. Y estos...

—Pasó la mano sobre los huesos alargados y puntiagudos que colgaban de su cadera—. Estos son trofeos, por así decir. Cada uno representa una muerte. Ahora solo tengo unos pocos, pero aún he de encontrar muchos más. Estos cuatro son nuevos. ¿Quieres verlos? —Levantó un hueso—. Este te llamaba «esposo».

—Mi... mi esposa. Tú...

El peso de la congoja pudo con él. El mundo parecía dar vueltas, arrastrándolo hasta que Kírek cayó de rodillas. Su mujer había muerto. Seguramente, asesinada del mismo modo que Ardan.

—M-me doy cuenta de que te he ofendido, druida. —Sentía que las palabras escapaban atropelladamente de sus labios más deprisa de lo que las pensaba—. Te pido disculpas, pero no tienes que matarme...

—Eso será yo quien lo juzgue. Y las ratas serán mi jurado y mis verdugos... —Apretó la mandíbula y sus ojos se tornaron ígneas ranuras mientras daba un paso hacia el hombre deshecho en lágrimas—. Me diste por muerto.

—¡Ya te he dicho que lo siento! ¡Por favor!

Vylum hizo chasquear la lengua.

—Las ratas me mostraron más bondad que ningún hombre. Me salvaron después de que me arrojaras al fuego y me sacaron de aquella pila de cadáveres.

Con el paso de los años, se han convertido en mis ojos y mis oídos a cambio de mi protección y ayuda. Son mis únicas amigas. Siempre lo han sido. —Sacudió la cabeza—. El problema no era la plaga. Era la gente.

Kirek intentó incorporarse, pero no encontró las fuerzas. Solo podía pensar en su mujer y en sus camaradas, y en lo que habrían padecido al final. Sin necesidad. Unas cálidas lágrimas surcaron sus mejillas.

—¡Por favor! Te lo imploro, druida. Deja que me vaya. O, al menos, dame una muerte rápida.

—Respóndeme una pregunta. —Vylum clavó los ojos en los de Kirek—. ¿Te has cansado ya de la miseria de tu existencia?

Kirek dejó escapar un aullido estremecedor.

Vylum tocó algo que llevaba alrededor del cuello. ¿Un talismán, quizá? Movía los labios, pero los susurros que llegaron a oídos de Kirek procedían de otros. Un millar de voces cuyas palabras era incapaz de traducir. Pero comprendió con total nitidez su mortífera intención.

No era un talismán. No. Era una señal.

Comenzaron a aparecer ratas por cada rincón imaginable. Cubrieron el suelo y rodearon a Kirek en un abrazo letal que llenó sus oídos de chillidos ensordecedores y del incesante chirrido de sus garras contra la piedra, que chapoteaban sobre charcos y humedad.

Vylum lo agarró del pelo, lo arrastró entre las hordas de ratas y lo golpeó con fuerza contra el muro. Pronunció unas palabras extrañas dirigidas a las alimañas. ¿Órdenes, quizá? Entonces las ratas se llevaron a Kirek cargado sobre sus lomos mientras salían de la sala como una riada hacia el final del túnel.

Arriba, en la entrada a las alcantarillas, se encontraba la última pira de la ciudad: la que habían usado Kirek y sus compañeros para eliminar los cuerpos de las ratas de la ciudad. Fue allí donde las criaturas dejaron la figura aullante y temblorosa de Kirek. Vylum agarró al noble y, con asombrosa fuerza, lo arrojó sobre la pira crematoria.

—¡No! —gritó Kirek.

Alargó un brazo, pero solo pudo agarrarse a uno de los huesos tallados que colgaban del cuello de Vylum. El dolor se extendió por toda su piel al contacto con las llamas. Su cuerpo estaba tan maltrecho que no pudo ni resistirse mientras el fuego le carbonizaba la carne.

La muerte acudió a buscarlo con un millar de bocas hambrientas y una orden susurrada.



Yo, Tejal, fui testigo de esta visión y la llevaré conmigo el resto de mis días. Es mi responsabilidad. Mi don. Y es mi deber relatar tales leyendas a todo aquel que quiera escucharlas.

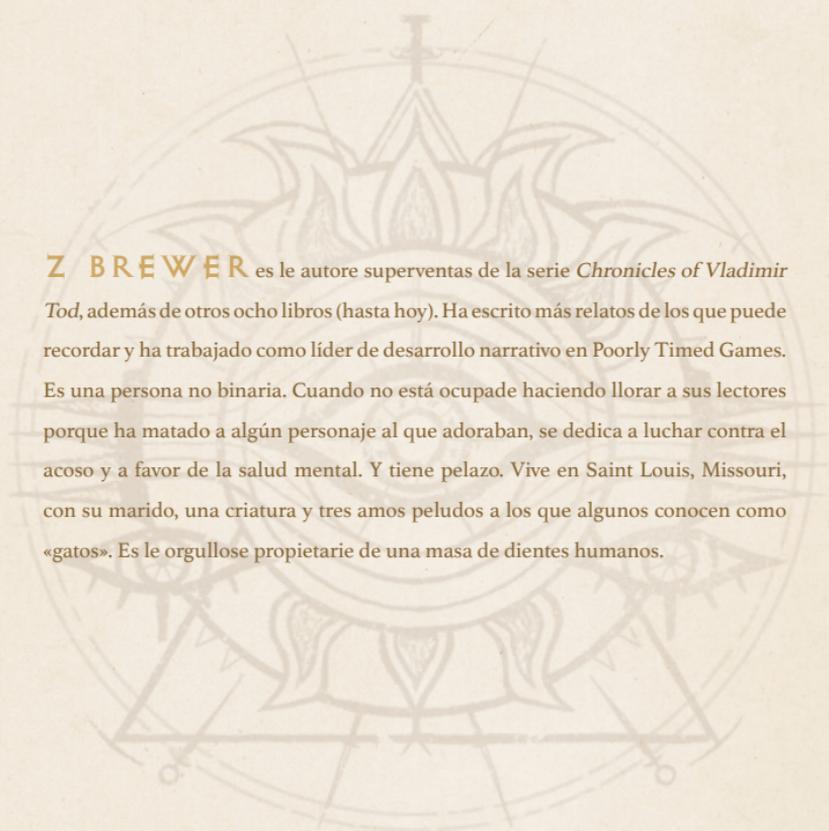
Las ratas ya no plagan la tierra. Ya no corren rumores sobre maldiciones drúidicas y sobre la criatura que acechaba en la oscuridad. El pueblo está a salvo.

Pero incluso hoy, si visitas aquella ciudad, no te sorprendas si te encuentras mirando por encima del hombro al caminar de noche por sus calles y vigilando sus oscuros rincones. Pues las manchas de sangre nunca terminan de borrarse.

Vylum no fue el héroe de este relato ni tampoco su villano. En el fondo, no era más que un niño cuya alma había triturado este mundo y que deseaba desatar el mismo tormento que él había padecido sobre los responsables de su dolor. Y lo mismo podría decirse de Kirek, causante de su propio sufrimiento. El mundo no está hecho de héroes y villanos, sino de personas, dolor y pérdidas. Lo que importa es qué hacen esas personas con el dolor y cómo se recuperan de sus pérdidas. Eso es lo que nos demuestra si son dignos de leyenda, ya sean héroes o villanos.

Que las llamas de esta historia espanten a los intrusos para que la tierra pueda reclamar lo que le fue robado...





Z BREWER es le autore superventas de la serie *Chronicles of Vladimir Tod*, además de otros ocho libros (hasta hoy). Ha escrito más relatos de los que puede recordar y ha trabajado como líder de desarrollo narrativo en Poorly Timed Games. Es una persona no binaria. Cuando no está ocupade haciendo llorar a sus lectores porque ha matado a algún personaje al que adoraban, se dedica a luchar contra el acoso y a favor de la salud mental. Y tiene pelazo. Vive en Saint Louis, Missouri, con su marido, una criatura y tres amos peludos a los que algunos conocen como «gatos». Es le orgullose propietarie de una masa de dientes humanos.



TEJAL TIENE MUCHAS
MÁS HISTORIAS QUE
CONTAR. PRONTO
HABRÁ MÁS RELATOS
CORTOS DE LOS
HEDAJI...